



En la actualidad somos testigos de un orden internacional surgido de la Segunda Guerra Mundial concebido para superar la anarquía propia de las relaciones internacionales. Este orden liberal aún no sucumbe pero agoniza y sus instituciones desfasadas no logran adaptarse a los cambios constantes en la arena internacional. Ello supone un desafío a la gobernanza global, la cual tampoco ha logrado que todos los actores que la integran gocen de sus beneficios de manera equitativa.

Con el fin de la Guerra Fría se inició un nuevo período, ya no marcado por el bipolarismo sino por la hegemonía estadounidense, reflejada en la ampliación y consolidación de ese orden liberal de Bretton Wood a escala mundial. De hecho, en sintonía con G. John Ikenberry, ese orden liberal democrático fue diseñado y utilizado para resolver los problemas internos de la mayor economía capitalista occidental. Durante décadas los funcionarios norteamericanos sostenían que una mayor apertura económica a escala mundial era un elemento esencial de un orden político estable y pacífico.

Sin embargo, las crisis financieras de mediados de los 90 que afectó a países asiáticos y latinoamericanos, puso en jaque la eficacia de algunas instituciones multilaterales. Mientras tanto, se afianzaba el poder del ingobernable capital financiero internacional capaz de desafiar a la soberanía estatal, junto con otros actores no estatales.

Asimismo, a principios del siglo XX comenzaba a tener lugar el ascenso de nuevas potencias, como BRICS, y otras economías emergentes favorecidas por el boom de los commodities. Estos movimientos geopolíticos instaban una redefinición de ese orden liberal tanto en lo político como en lo económico, con demandas de mayor cooperación multilateral, más derechos y responsabilidades e influencia por medios pacíficos. A pesar de este cuestionamiento, Washington seguía aportando al sostenimiento del orden que creó en base a sus intereses nacionales. Pero llegó Donald Trump a la Casa Blanca y con él las críticas al costo de mantenimiento de ese orden, en detrimento de los supuestos beneficios que debería generar para el país del norte.

En ese sentido, reparamos en cómo se han cristalizado tendencias conservadoras, evidenciadas a través de la victoria de Donald Trump y el Brexit, con insignias opuestas a la idea de globalización como hasta ahora la concebíamos. El avance de los partidos de conservadores de derecha que han tenido en un amplio apoyo en las sociedades europeas en el último año, han sido también defensores del proteccionismo, de un nacionalismo xenófobo y opuestos a la integración. Al mismo tiempo que asistimos al auge de procesos secesionistas, como el caso de Cataluña, lo cuales son percibidos como amenaza a la idea de unidad e integración.

Sin embargo, este orden mundial caracterizado por la incertidumbre y los débiles equilibrios internacionales requiere de la gobernanza global. La demanda por una mayor cooperación internacional no ha disminuido, sino se ha reforzado por la proliferación de amenazas internacionales, creciente interdependencia económica, mayor degradación medioambiental y efectos devastadores de desastres naturales. Estas cuestiones aún requieren ser abordados multilateralmente. El ejemplo más claro de ello es la cuestión la mitigación y adaptación al cambio climático, materializado en la firma del Acuerdo de París.

No obstante ello, la gobernanza global y la arquitectura multilateral también se enfrenta a la ausencia de un poder real responsable de hacer cumplir los pactos colectivos y la necesidad de que las grandes potencias adhieran a los compromisos. A ello se suma, lo que Joseph S. Nye Jr concibe como difusión del poder hacia otros países y hacia actores no estatales que dilapida la estabilidad del orden liberal. Pero la agenda global, dominada por issues transnacionales como el crimen transnacional organizado, terrorismo, ciberseguridad, estabilidad financiera, refugiados, conflictos intraestatales, pone en evidencia la debilidad de la capacidad de los Estados de responder efectivamente a ellos. La contradicción surge allí, donde es necesario recurrir a la cooperación internacional en un orden obsoleto, cuestionado e insostenible.

Ana Lucia Mucci
Consejo Editor
Contexto Internacional